

INTRODUCCIÓN

I. VIRTUDES: Introducción.

"La virtud es una disposición habitual y firme a hacer el bien. Permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de si misma. Con todas sus fuerzas sensibles y espirituales, la persona virtuosa tiende hacia el bien, lo busca y lo elige a través de acciones concretas" (Cat. 1803).

Significa la palabra virtud, en sentido general, alguna cualidad buena del hombre y connota por su etimología latina, virtus (de vir, varón , y vis, fuerza), la idea de fuerza y vigor, y según la griega, areté, expresa la idea de perfección, mérito o cualidad que hacen al hombre digno de gloria. Los griegos, al parecer, fueron los primeros en estudiar filosóficamente las virtudes, alcanzando su desarrollo con Aristóteles, que liga la virtud al concepto de habito. Los autores cristianos, especialmente San Agustín y luego la escolástica, profundizaron en el tema, destacando el estudio de Santo Tomas, que de nuevo enlaza el concepto de virtud al de habito, haciendo preceder en la "Suma" el tratado de hábitos al de virtudes. En la teología posterior se fue progresivamente reduciendo de extensión el tratado de hábitos. Por otro lado, se ira también desvirtuando la noción de habito al estudiarlo sólo desde un punto de vista Psicológico, como algo ligado fundamentalmente con el aprendizaje, como modificación de la conducta persistente en el tiempo producida por repetición de actos, pero sin tener en cuenta su inhesión en el ser y en el sujeto y descuidando los aspectos éticos.

II. HÁBITOS.

2.1. Naturaleza.

Para que el hombre alcance el fin que le corresponde como criatura racional, no le bastan las perfecciones recibidas con su naturaleza, sino que debe disponerse libremente -a diferencia de los irracionales- para la consecución de aquel fin.

Sin embargo, no cualquier disposición se ha de calificar, sin más, de hábito, sino únicamente aquella que ha alcanzado en el sujeto una firme estabilidad; de aquí que las obras virtuosas, fruto de hábitos operativos buenos, tengan estas notas distintivas: naturalidad y estabilidad de las acciones del hombre virtuoso; prontitud y perfección al realizar las obras buenas que ejecuta, y, finalmente, suavidad y agrado -compatibles con el esfuerzo de la criatura- al poner en practica esas acciones.

2.2. Especificación.

Siendo los hábitos disposiciones estables y fuertes de la criatura, reciben su primera especificación según que acerquen o alejen del fin; es decir, según que dispongan bien o mal para el logro de los fines particulares de cada potencia, subordinados al fin último de la persona; y de aquí surge la calificación de los hábitos en buenos.

2.3. Los hábitos y la libertad.

Los hábitos connaturalizan a la libertad del hombre respecto al fin propio al que inclinan; de tal modo que permaneciendo siempre la defectibilidad de la libertad en su orientación al bien, cabe un continuo incremento y arraigo en el recto uso de la libertad, por el afianzamiento en el sujeto de los hábitos bueno: o, en sentido contrario, cabe una progresiva debilitación de su libertad para el fin que, de suyo, le es propio: el bien.

Todo ello se debe a que los hábitos -buenos o malos- implican que la libertad, en todo momento, pueda ejercitarse para bien o para mal, pues "usar del hábito no es algo necesario sino que depende de la voluntad del sujeto". Pero, a la vez, los hábitos influncian al sujeto en el ejercicio de su libertad, connaturalizándole respecto a aquellos fines particulares -buenos o malos- a los que disponen los diversos hábitos: el hombre, sin perder su libertad se va haciendo más justo, más prudente, etc., o, por el contrario y siempre en el ámbito de su libertad, se va alejando del fin al que esta llamado, porque imperan en el los hábitos viciosos.

2.4. Origen y crecimiento de los hábitos.

a) En la esfera natural.

Existen, unas disposiciones o tendencias, constitutivas de la naturaleza humana, que hacen posible el germinar de los hábitos buenos en la esfera de la perfección natural. Esas tendencias radican en la inclinación natural del intelecto a la verdad, que en su momento hará posible el renacimiento del hábito de los primeros principios, directivos de las actividades especulativas y directivos también de toda actividad moral de la persona. La perfección natural del hombre pende, por así decir, del hábito de los primeros principios, como pilar básico orientador y directivo, merced a la capacidad de conocimiento con que Dios ha dotado a la criatura racional.

Esas dos tendencias naturales de la criatura racional hacia la verdad y el bien, son las que permiten el ulterior nacimiento de los hábitos cuando se inicia el despliegue de la vida humana hacia el fin que le corresponde.

La intensidad con que la disposición se va arraigando en el sujeto hasta convertirse en hábito, y la sucesiva intensificación de este, depende del empeño continuado en las acciones que van fijando en las facultades operativas de la persona esa firme disposición.

La disminución y pérdida de los hábitos adquiridos se produce por un camino análogo de sentido inverso, al de su consecución.

b) En la esfera sobrenatural.

Los hábitos sobrenaturales nunca pueden encontrarse en el hombre si no es por infusión divina: como sucede también con todas las virtudes gratuitamente concedidas.

Sin embargo, la gratuidad de su adquisición no excluye una cierta disposición para ellos (ineficaz de por sí) presente en la naturaleza humana: esto es, la natural apertura -en razón de su carácter espiritual: conocimiento y amor- a la acción sobrenatural divina.

Por lo que mira al incremento de estos hábitos infusos, su intensificación depende esencialmente de Dios, que cuenta de ordinario, con la libre cooperación de la criatura; una vez más, la gracia respeta el orden de la naturaleza: la progresiva divinización del hombre al intensificarse en él las virtudes sobrenaturales, requiere la correspondencia de la libertad humana. La pérdida de los hábitos sobrenaturales sólo tiene lugar por un acto desordenado que contraríe radicalmente la ordenación del hombre a Dios; así, por un sólo pecado mortal desaparecen algunos hábitos infusos - la caridad y la gracia principalmente- aunque puedan permanecer otros, como la fe y la esperanza, pero privados de su perfecta ordenación a Dios.

III. VIRTUDES: Naturaleza.

La virtud es una cualidad permanente o estable del alma, y en esto se diferencia de la simple capacidad o disposición para realizar un acto bueno; la virtud es por ello un hábito, es decir, un principio estable o energía positiva y firme de actos, a diferencia de la mera capacidad de obrar el bien; además la virtud añade a la noción de hábito el que sea un hábito bueno. la virtud asegura el buen empleo que la voluntad hace del hábito. cualquier virtud implica necesariamente la libertad, racionalidad y voluntariedad del sujeto que la posee.

Toda la vida del hombre debe estar orientada a Dios, sumo bien y último fin de lo creado. Por eso, cualquier perfección del hombre y, por tanto, toda virtud es perfección participada de Dios, reflejo de la perfección divina; y en tanto que virtud, su valor esencial reside precisamente en ser causa de actos perfectos orientados a Dios. La virtud tiende al bien -a Dios, en último termino- y aún siendo perfección y bondad, no es, sin embargo, fin en sí misma. Toda la fuerza de la virtud y su sentido radica en acercar al hombre a su fin, orientando rectamente sus actos. No podemos olvidar, sin embargo que el pecado original ha herido profundamente las fuerzas naturales del hombre, y que la redención de Cristo pueda tender de nuevo a ese fin del que originariamente se apartó. Por tanto, si Dios no concede al hombre unos principios de operación, unas virtudes adecuadas a su nuevo y más alto destino, las fuerzas naturales, las virtudes que nazcan de su propia naturaleza, no tendrán una dirección eficaz al fin sobrenatural.

FORTALEZA

I. DESDE EL PUNTO DE VISTA ÉTICO.

1.1 Etimología.

El vocablo fortaleza deriva del latín *fortis, -e* , que abarca tanto el concepto de fuerza física como el de fortaleza o energía de ánimo. La fuerza, que no ha de confundirse con la violencia, es la potencialidad activa de un ser e implica para éste una perfección, y así como por la primera el hombre supera y rechaza los ataques corporales, por la segunda soporta las más grandes dificultades que se oponen a la realización moral del bien según el orden de la razón.

1.2 Acepciones.

Desde el punto de vista ético debe distinguirse dos acepciones del termino fortaleza:

a) Como una condición o modo general de toda virtud, que debe, acompañar siempre a todos los hábitos morales para que sean auténticos. Ello resulta en que uno de los requisitos de la virtud en general, reside en que se obre de modo "firme y estable" como indica ya Aristoteles en el libro II de la Ética .

Hábito o disposición moral estable que capacita para obrar bien. En esta acepción pues Fortaleza equivale a firmeza de ánimo general, presente a

todas las virtudes, independientemente de la materia o sujeto propio de cada una de ellas.

b) Como virtud especial, con una materia propia y determinada. En esta acepción la Fortaleza se cuenta como una de las cuatro virtudes clásicas cardinales y se distingue especialmente de las otras tres.

1.3 Definición.

La Fortaleza es la virtud Cardinal que tiene por sujeto al apetito irascible en cuanto subordinado a la razón, y por fin remover los impedimentos provenientes de las pasiones de temor o de temeridad, para que la voluntad no deje de seguir los dictados de la recta razón frente a peligros graves o males corporales.

1.4 Fortaleza dentro de las virtudes Cardinales.

Es función esencial de toda virtud ordenar al bien de donde resulta que tanto mas principal y mejor será una virtud cuanto más ordena al hombre al bien. En el orden moral natural hay dos virtudes que son constitutivas del bien , la prudencia y la justicia , y por ende, más importantes que las otras dos, la fortaleza y la templanza, que son sólo conservantes de ese bien en cuanto liberan al hombre de todo aquello que puede apartarlo de al. Además, las dos primeras (prudencia y justicia) tienen como sujeto al que perfeccionan, es decir a las dos facultades más nobles y específicamente humanas, la razón práctica y la voluntad. Las dos segundas (templanza y fortaleza) se refieren a las pasiones que radican en los apetitos sensibles. De estas dos la Fortaleza ocupa el primer lugar porque el temor a los peligros graves es mucho más fuerte y eficaz para apartar al hombre del bien que de la atracción de la concupiscencia. Es más difícil y arduo vencer el temor intenso que apartarse de un placer sensible. De aquí que la fortaleza ocupe el tercer lugar.

1.5 El Sujeto o materia de la Fortaleza.

El Sujeto o materia de la Fortaleza, no es el apetito irascible en si mismo, de orden corporal y sensible, porque en éste ámbito no se da la virtud que es algo propio de la razón; es el mencionado apetito en cuanto subordinado a la

razón, porque en el hombre las tendencias son racionales por participación en cuanto ordenadas a obedecer a aquella. Pero como el apetito sensible tiene tendencias que no siempre se conforman naturalmente a la razón, se requiere en él, una cierta disposición estable, que le haga obedecer fácil y profundamente a los dictámenes de aquella. Sólo en este sentido se da propiamente virtud en el apetito irascible.

1.6 El objeto de la Fortaleza.

El objeto es doble:

- a) El temor que provoca un retraimiento frente al que amenaza.
- b) La audacia que inclina a atacar ese mal.

Ambas reacciones afectivas se producen frente a peligros graves o grandes males corporales. La función de la Fortaleza consiste en no ceder al temor, superando su efecto inhibitorio, y en moderar la agresividad de la audacia. El fin de la fortaleza consiste en remover los impedimentos que se han señalado anteriormente para permitir a la voluntad seguir fielmente a los dictados de la recta razón, que es el criterio, norma y medida del bien obrar.

El fin de la fortaleza no consiste en el mero superar el temor y moderar la audacia, sino en realizar estas funciones en razón de y para obrar el bien, en dejar el camino para que el hombre pueda obrar según la recta razón.

La esencia de las virtudes no está en vencer las dificultades, sino en obrar el bien, en hacer que el hombre obre según la razón, y espontáneamente en cada acto concreto. Por eso S. Tomás llamaba a la fortaleza *fortitudo mentis*, que consiste fundamentalmente en una actividad fuerte del alma en su adhesión firme y constante al bien. (*Sum. Th. 2-2 q123 a1 y a6 ad2*). De aquí que se den muchas veces actos exteriores de fortaleza que sin embargo, no provienen de una auténtica virtud de fortaleza.

1.7 Actos propios de la fortaleza.

El objeto de las sensaciones sensitivo afectivas del temor y la audacia es el peligro. Frente a este la función de la fuerza consiste en reprimir el temor, superando su efecto inhibido de la realidad del bien indicado por la razón, y

moderar la audacia haciendo que el ataque al mal que amenaza guarde proporción con las circunstancias. De ahí que los actos propios de la fortaleza sean el resistir y el atacar. Parecería que el principal de ambos fuera el atacar porque guarda mayor similitud con el concepto de fuerza y potencialidad activa que surge de las acepciones y etimología del vocablo fuerza. No es así, sin embargo, porque es mucho más difícil reprimir el temor que ordenar la audacia, en razón de que el peligro, objeto de ambos, eleva, por si mismo, a aumentar el temor y a reprimir la audacia. De aquí que el acto principal de la fortaleza sea resistir.

Santo Tomás (*Sum. th. 2-2 q123 a6 ad1*) expone 3 razones al respecto:

1^a El que resiste aparece agredido por algo que, en principio, puede reputarse más fuerte que él, mientras que el que ataca obra él a manera de más fuerte, y es más difícil luchar con el más fuerte que con el más débil.

2^a El que resiste experimenta actualmente la presencia del peligro, en tanto que el que ataca lo hace bajo la razón de peligro futuro, y es más difícil permanecer inmutable frente al peligro presente que ante el futuro.

3^a El resistir implica tiempo prolongado, mientras que el ataque puede ocurrir con movimiento subido, y es más arduo permanecer firme mucho tiempo ante un mal que agredirlo en forma repentina.

II. DESDE EL PUNTO DE VISTA TEOLÓGICO.

"La fortaleza es la virtud moral que asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral. La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones. Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa. ' Mi fuerza y mi cántico es el Señor' (Sal. 118, 14). 'En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: Yo he vencido al mundo' (Jn. 16, 33)." (Cat. 1808)

2.1. La Sagrada Escritura.

2.1.1. Etimología.

Los vocablos bíblicos para expresar directa o indirectamente la fortaleza son múltiples:

a) En hebreo: háyil, gegurah, koah, oz, omes, hazaq, zeroa , ma oz, etan, etc.

b) En griego: dynamis, isjis, kratos.

c) En Latín: fortitudo; viryus, uis.

Las matizaciones particulares de estos términos sólo pueden lograrse mediante un análisis conceptual, ya que no están sujetos a esquemas preconcebidos. La fortaleza en la Sagrada Escritura tiene un matiz esencialmente religioso y geocéntrico en contraposición a las concepciones filosóficas antiguas y además, que o bien tienden a exaltar y situar al hombre en un plano de autosuficiencia tanto físico como espiritual, por el contrario, *"pretenden verse libre de la fortaleza en su incondicional optimismo por esta vida y su aburguesamiento metafísico como sucede con el liberalismo ilustrado"*. (Cf. J. Pieper). Esta diferencia obedece fundamentalmente a concepciones del modo radicalmente opuestas y a una interpretación naturalista de la historia.

2.2.2. El Antiguo Testamento.

El Antiguo Testamento habla de la Fortaleza como perfección característica o atributo de Dios (**Ex. 15**, 6.12; **Sal. 21**, 2; **21**, 14; **93**, 1; **118**, 14; **147**, 5; **Is. 51**, 9; **Dn 2**, 20-21) alaba la fortaleza de la sabiduría e inteligencia (**Prv. 16**, 32; **24**, 3ss; **31**, 10ss) cuyo prototipo es Yahveh, y de esta misma fortaleza participan tanto el pueblo de Israel como sus miembros en la lucha por alcanzar los bienes materiales (tierra prometida) y los espirituales (cumplimiento de la ley de Dios) (Cf. **2ª Sam. 22**, 2ss; **Sal 62**, 3; **94**, 22) Todas estas manifestaciones de fortaleza en el hombre, físicas y morales, son para el israelita un don de Dios e interpretadas en una línea salvífico-política-religiosa.

2.2.3. El nuevo Testamento.

La fortaleza en el Nuevo Testamento se interioriza y cobra un tenor cristocéntrico: la raíz y origen de esta realidad espiritual y salvífica es Cristo y a través de Él se comunica esta virtud a los cristianos. La lucha, y el combate que Cristo viene a librar, y en el cristianismo debe comprometerse por exigencias evangelizadoras, se reducen y sintetizan en el esfuerzo por permanecer firmen en la verdad afrontando con paciencia y valentía todos los peligros que proceden del enemigo. Pero, además, la fortaleza que nos brinda gratuitamente Cristo supone el reconocimiento personal de la debilidad humana, ya que "la carne es débil": "La carne -dice Guillet- define el mundo de la tierra y del hombre, su impotencia y esterilidad en oposición al 'Todopoderoso' fecundo de Dios".

Cristo asume toda la debilidad humana (**Is. 53**, 3-4; **Hb. 2,14; 5,2; 4,15**); la experimenta y reconoce (**Mt. 26**, 38s) pero al mismo tiempo demuestra progresivamente en su vida histórica la fuerza (dynamis) del Espíritu de Dios, manteniéndose incommovible en la voluntad de su Padre celestial, e identificándose con ella. Vence al maligno cuando es tentado por él en el desierto (**Mt. 4**, 1-10); a través de su vida demuestra ser "**el fuerte**" ante las continuas asechanzas de Satan (**Mt. 3**, 11-12; **Lc. 11**, 21); confunde repetidas veces la mentira de este mundo determinado por el pecado al imperio de Satanás, agresivo contra Cristo y dispuesto a enfrentarse con arrogancia contra Dios. Finalmente Cristo demuestra el grado supremo de la fortaleza en el martirio y sacrificio de la Cruz. con esta victoria final sobre el pecado y la muerte confirmo en su propia carne lo que había aconsejado a sus discípulos (Cf. **Mt. 10**, 28).

2.2. Reflexión teológica.

Algunas actitudes que con frecuencia son atribuidas a la Fortaleza y que exteriormente tienen los mismos efectos, sin embargo no son virtuosas porque les faltan las condiciones generales de la virtud. Lanzándose a una empresa difícil por ignorancia, optimismo natural o habilidad no es virtud de fortaleza; afrontar las dificultades y los peligros arrastrados por la sola pasión o para conseguir un fin distinto de la verdad y la justicia no pueden atribuirse a la virtud de la fortaleza cristiana.

2.2.1. Naturaleza.

En este sentido amplio, la fortaleza es una disposición firme del alma en el cumplimiento del deber. Así entendida, coincide con una condición indispensable de toda virtud que, por definición, implica siempre un esfuerzo para superar los obstáculos interiores y exteriores.

El ejemplo típico de la fortaleza en la tradición cristiana es el sufrimiento del martirio para dar testimonio de la fe.

2.2.2 Actos fundamentales

Dos grandes actitudes obedientes pueden considerarse en la fortaleza soportar y emprender; estos aspectos corresponden correlativamente al temor y a la audacia.

"Sólo el que realiza el bien haciendo frente al daño y a lo espantoso, es verdaderamente valiente. Pero este hacer frente a lo espantoso presenta dos modalidades que sirven, por su parte, de base a los dos actos capitales de la fortaleza: la resistencia y el ataque" (*J. Pieper* pág.228)

. Tomás da la primacía al acto de soportar subrayando de antemano que no es una pura resignación pasiva (*cfr.Sum Th. 2-2 q123 ab*)

2.2.3. Pecados contrarios a la fortaleza.

Son aquellos actos que constituyen por exceso o por defecto un desorden del temor y de la audacia, como los de cobardía o timidez, impavidez y temeridad.

La fortaleza no elimina el temor , sino que lo ordena conforma a las exigencias de la razón. Actitudes viciosas son tanto un temor excesivo ante los peligros y la muerte, como la ausencia de aquel en circunstancias en que la razón lo aconsejan. Es evidente que lo más opuesto a la fortaleza en este caso es el vicio por exceso, el cual no tiene un calificativo bien determinado; suelen tomar el mismo nombre de la pasión, temor, en su sentido peyorativo,

teniendo en cuenta que la pasión en si misma , no es nada mientras que no se oponga a las exigencias de la razón, se llama también timidez o cobardía. El vicio por defecto es menos frecuente en la práctica sin embargo no debe identificarse la fortaleza con la ausencia del temor o impavidez (S. Tomas lo califica como intimidad o afobia). La fortaleza no adultera la realidad, sino que la acepta tal como es, por esta razón el hombre auténticamente fuerte en su dimensión virtuosa, ni ama la muerte ni desprecia la vida.

La fortaleza finalmente supera un temor racional ante el mal real cuya ausencia puede obedecer a la desesperación originada por un hastío de la vida, o la temeridad cuya raíz se encuentra en un optimismo instintivo o en la inconsciencia del peligro. Ambas actitudes corresponden al desorden de la audacia en sus dos modalidades, por defecto y por exceso.

2.2.4. Partes integrantes y potenciales de la fortaleza.

No son hábitos distintos, sino disposiciones internas que perfeccionan la virtud cardinal y constituyen la riqueza psicológica de la misma. A la actitud emprendedora , pujante y entusiastas de la fortaleza corresponden las disposiciones internas de magnanimidad y magnificencia., es decir la tendencia victoriosa del alma que nace de la esperanza y se alienta en la audacia, a la actitud de permanecer intrépido ante el peligro , corresponden la paciencia, perseverancia y confianza.

III. CITAS BÍBLICAS.

Exodo 15:2

 Mi fortaleza y mi canción es Yah.
 El es mi salvación.
 El, mi Dios, yo le glorifico,
 el Dios de mi padre, a quien exalto.

I Samuel 30:6

 David se hallaba en grave apuro porque la gente hablaba de apedrearlo, pues el alma de todo el pueblo estaba llena de amargura, cada uno por sus hijos y sus hijas. Pero David halló fortaleza en Yahveh su Dios.

I Samuel 2:7

 Y ahora tened fortaleza y sed valerosos, pues murió Saúl, vuestro señor, pero la casa de Judá me ha ungido a mí por rey suyo.»

II Samuel 5:7

 Pero David conquistó la fortaleza de Sión que es la Ciudad de David.

II Samuel 5:9

 David se instaló en la fortaleza y la llamó Ciudad de David. Edificó una muralla en derredor, desde el Milló hacia el interior.

II Samuel 10:12

 Ten fortaleza, esforcémonos por nuestro pueblo y por las ciudades de nuestro Dios y que Yahveh haga lo que bien le parezca.»

II Samuel 24:7

 Llegaron hasta la fortaleza de Tiro y todas las ciudades de los jivitas y cananeos, saliendo finalmente al Négueb de Judá, a Berseba.

I Crónicas 11:5

 Y decían los habitantes de Jebús a David: «No entrarás aquí.» Conquistó David la fortaleza de Sión, que es la Ciudad de David.

I Crónicas 11:7

 Se instaló David en la fortaleza; por eso la llamaron Ciudad de David.

I Crónicas 16:27

 Gloria y majestad están ante él,
 fortaleza y alegría en su Morada.

I Crónicas 19:13

 ¡Ten fortaleza y esforcémonos por nuestro pueblo y por las ciudades de nuestro Dios!
 ¡Y que Yahveh haga lo que bien le parezca!»

I Crónicas 29:12

De ti proceden las riquezas y la gloria. Tú lo gobiernas todo; en tu mano están el poder y la fortaleza, y es tu mano la que todo lo engrandece y a todo da consistencia.

II Crónicas 20:6

dijo: «Yahveh, Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en el cielo, y no dominas tú en todos los reinos de las naciones? ¿No está en tu mano el poder y la fortaleza, sin que nadie pueda resistirte?»

Esdras 6:2

y se encontró en Ecbátana, la fortaleza situada en la provincia de los medos, un rollo cuyo tenor era el siguiente: «Memorándum.

Nehemías 8:10

Díjoles también: «Id y comed manjares grasos, bebed bebidas dulces y mandad su ración a quien no tiene nada preparado.

Porque este día está consagrado a nuestro Señor. No estéis tristes: la alegría de Yahveh es vuestra fortaleza.»

Judit 13:7

y acercándose al lecho, agarró la cabeza de Holofernes por los cabellos y dijo: «¡Dame fortaleza, Dios de Israel, en este momento!»

I Macabeos 4:61

Puso Judas allí una guarnición que lo defendiera y para que el pueblo tuviese una fortaleza frente a Idumea, fortificó Bet Sur.

I Macabeos 5:9

Los gentiles de Galaad se unieron para exterminar a los israelitas que vivían en su territorio, pero ellos se refugiaron en la fortaleza de Datemá.

I Macabeos 5:11

se preparan para venir a tomar la fortaleza donde nos hemos refugiado, y Timoteo está al frente de su ejército.

I Macabeos 5:29

Partió de allí por la noche y avanzó hasta las cercanías de la fortaleza.

I Macabeos 6:61

y el rey y los capitanes se la juraron. Con esta garantía salieron de la fortaleza.

I Macabeos 6:62

y el rey entró en el monte Sión. Pero al ver la fortaleza de aquel lugar, violó el juramento que había hecho y ordenó destruir la muralla que lo rodeaba.

I Macabeos 9:50

Vuelto a Jerusalén, hizo Báquides levantar ciudades fortificadas en Judea: la fortaleza de Jericó, Emaús, Bet Jorón, Betel, Tamnatá, Faratón y Tefón, con altas murallas, puertas y cerrojos.

I Macabeos 16:8

Tocaron las trompetas y Cendebeo y su ejército salieron derrotados. Muchos de ellos cayeron heridos de muerte y los que quedaron huyeron en dirección a la fortaleza.

I Macabeos 16:15

El hijo de Abubos los recibió traidoramente en una pequeña fortaleza llamada Dok que él había construido, les dio un gran banquete y ocultó allí hombres.

II Macabeos 10:32

El mismo Timoteo se refugió en una fortaleza, muy bien guardada, llamada Gázara, cuyo estratega era Quereas.

II Macabeos 12:19

Dositeo y Sosípatro, capitanes de Macabeo, en una incursión mataron a los hombres que Timoteo había dejado en la fortaleza, más de 10.000.

Job 39:28

Pone en la roca su mansión nocturna,
su fortaleza en un picacho.

Salmos 18:2

Dijo:

Yo te amo, Yahveh, mi fortaleza,
(mi salvador, que de la violencia me has salvado).

Salmos 28:8

Yahveh, fuerza de su pueblo,
fortaleza de salvación para su ungido.

Salmos 31:4

pues mi roca eres tú, mi fortaleza,
y, por tu nombre, me guías y diriges.

Salmos 46:2

Dios es para nosotros refugio y fortaleza,
un socorro en la angustia siempre a punto.

Salmos 71:3

¡Sé para mí una roca de refugio,
alcázar fuerte que me salve,
pues mi roca eres tú y mi fortaleza.

Salmos 91:2

diciendo a Yahveh: «¡Mi refugio y fortaleza,
mi Dios, en quien confío!»

Proverbios 10:29

Fortaleza es para el íntegro la senda de Yahveh;
pero ruina para los malhechores.

Proverbios 21:22

El sabio escala la ciudad de los fuertes,
y derriba la fortaleza en que confiaban.

Sabiduría 8:7

¿Amas la justicia?

Las virtudes son sus empeños,
pues ella enseña la templanza y la prudencia,
la justicia y la fortaleza:
lo más provechoso para el hombre en la vida.

Isaías 11:2

Reposará sobre él el espíritu de Yahveh:
espíritu de sabiduría e inteligencia,
espíritu de consejo y fortaleza,
espíritu de ciencia y temor de Yahveh.

Isaías 17:10

Porque olvidaste a Dios tu salvador,
y de la Roca de tu fortaleza no te acordaste.
Por eso plantabas plantíos deleitosos,
y de mugrón extranjero los sembraste.

Isaías 23:1

Oráculo sobre Tiro.
Ululad, naves de Tarsis,
porque ha sido destruida vuestra fortaleza.
De vuelta del país de Kittim
les ha sido descubierto.

Isaías 23:14

Ululad, naves de Tarsis,
porque ha sido destruida vuestra fortaleza.

Isaías 25:4

Porque fuiste fortaleza para el débil,
fortaleza para el pobre en su aprieto,
parapeto contra el temporal,
sombra contra el calor.
Porque el aliento de los déspotas
es como lluvia de invierno.

Isaías 33:16

Ese morará en las alturas,
subirá a refugiarse en la fortaleza de las peñas,

se le dará su pan y tendrá el agua segura.

Isaías 52:1

¡Despierta, despierta!
¡Revístete de tu fortaleza, Sión!
¡Vístete tus ropas de gala,
Jerusalén, Ciudad Santa!
Porque no volverán a entrar en ti
incircuncisos ni impuros.

Ezequiel 21:25

trazarás el camino para que venga la espada hacia Rabbá de los ammonitas y hacia Judá, a la fortaleza de Jerusalén.

Ezequiel 30:15

Derramaré mi furor en Sin,
la fortaleza de Egipto,
exterminaré la multitud de No.

Daniel 11:7

se alzarán en su lugar un retoño de sus raíces, que vendrá
contra el ejército, entrará en la fortaleza del rey del
Norte, y los tratará como vencedor.

Daniel 11:10

Sus hijos se prepararán para la guerra y reunirán una gran multitud de tropas, y él
vendrá, irrumpirá como un río, pasará y se levantará de nuevo en guerra hasta su
fortaleza.

Joel 4:16

Ruge Yahveh desde Sión,
desde Jerusalén da su voz:
¡el cielo y la tierra se estremecen!
Mas Yahveh será un refugio para su pueblo,
una fortaleza para los hijos de Israel.

Amós 3:11

Por eso, así dice el Señor Yahveh:
El adversario invadirá la tierra,
abatirá tu fortaleza
y serán saqueados tus palacios.

Miqueas 4:14

¡Y ahora, fortifícate, Fortaleza!
¡Se ha puesto asedio contra nosotros,
con vara hieren en al mejilla
al juez de Israel!

Nahún 2:2

¡Sube un destructor contra ti!
¡Monta la guardia en la fortaleza,
vigila el camino, cíñete los lomos,
refuerza bien tu fuerza!

Habacuc 1:10

Y él se burla de los reyes,
los soberanos le sirven de irrisión;
se ríe de toda fortaleza,
levanta un terraplén y la toma.

Zacarías 9:3

Se ha construido Tiro una fortaleza,
ha amontonado plata como polvo
y oro como barro de las calles.

Zacarías 9:12

Volved a la fortaleza,
cautivos de la esperanza;
hoy mismo, yo lo anuncio,
el doble te he de devolver.

I Corintios 15:43

Se siembra vileza, resucita gloria; se siembra debilidad, resucita fortaleza;

Colosenses 1:11

Confortados con toda fortaleza por el poder de su gloria, para toda constancia en el sufrimiento y paciencia; dando con alegría

I Timoteo 1:12

Doy gracias a aquel que me revistió de fortaleza, a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me consideró digno de confianza al colocarme en el ministerio,

II Timoteo 1:7

Porque no nos dio el Señor a nosotros un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de templanza.

Hebreos 12:1

Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone,

IV. BIBLIOGRAFÍA.

"BIBLIA DE JERUSALÉN" Debora- Microbible. Deneé Belgique
1989.

"CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA". 1993

R.SIMON. "Moral". Barcelona 1968

O. F. BOLLONOW. "Esencia y cambios de la virtudes". Madrid.
1960

G. GAY . "De la vida y de las virtudes antiguas". Madrid 1937

ARISTÓTELES. "Ética a Nicomeno" México 1961

J. PIEPER. "Justicia y Fortaleza" . Madrid 1961

M. A, JANVIER. "La virtud de la Fortaleza". Turin 1938

X. LEÓN-DOUFUR "Vocabulario de Teología" Herder, Barcelona
1973

ERMAUNO ANCILLI . "Diccionario de Espiritualidad"